

Año de la era cr. vulg. 82. hombre herido, y sin darle socorro pasó adelante. Algun tiempo después pasó un levita, y tampoco le prestó auxilio. Por último, por el mismo camino pasando un samaritano, lo levanta, vendar sus heridas, lo monta sobre su cabalgadura, lo conduce á un meson, cuidando muchísimo de él mientras allí permanece, y al despedirse deja dinero al administrador del meson para que lo asista. ¡Quién de estos tres ha sido el prójimo de este pobre herido! El escriba respondió, el que se compadeció de ese miserable. Ve, pues, le respondió Jesús, y pórtate de la misma manera (1).

XCVI.
Jesús hospedado en Betania en casa de Marta y María.

Continuando Jesús su camino hacia Jerusalem, entró en una villa llamada Betania, distante de la ciudad quince estadios ó tres cuartos de legua, y allí fué hospedado en casa de una muger cuyo nombre era Marta. Esta estaba muy diligente en preparar lo que Jesús había de comer, mientras María su hermana sentada á sus piés escuchaba tranquilamente sus palabras. Marta se queja á Jesús, y le dice: ¡No ves, Señor, como mi hermana me deja sola en tu servicio? dila, pues, que me ayude. Marta, le responde Jesús, en muchas cosas te ocupas; María ha escogido la mejor parte, que nunca la será quitada (2).

XCV.
Jesús enseña á sus apóstolos les cómo debían orar.

Estando Jesús en el monte de las Olivas, al frente de Jerusalem, luego que acabó su oracion, le suplicaron sus discípulos que les prescribiese un modo de orar, como Juan Bautista lo había hecho con sus discípulos. Jesucristo les enseñó la oracion dominical que ya les había dado en el sermón del monte; y continúa instruyéndolos sobre la virtud y cualidades de la buena oracion. Les propuso la parábola de un hombre que necesitado tres panes, porque le había venido de fuera un amigo, fué á pedirlos á su vecino. Estaba ya acostado este y toda su familia, y así se excusó al principio; pero vencido de la importunidad de su vecino, se levantó y le dió todo lo que pedía. Jesús concluyó: Pedid, pues, y recibiréis; buscad y encontraréis; tocad, y se os abrirá. ¡Quién es el padre que pidiéndole su hijo un pan ó un huevo, le dé una piedra ó un escorpion (3)?

XCVI.
Entracion de un malo en demonio. Ningun reino dividido puede subsistir.

Se presentó á Jesús un poseído é igualmente mudo, y Jesús lo sanó. Mas los fariseos lo acusaron de que lanzaba estos malignos espíritus en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios. Otros fariseos vinieron á pedirle una señal del cielo, y Jesucristo penetrando sus intenciones, les dijo: Todo reino dividido en sí mismo se arruinará y no podrá permanecer. Si el reino de Satanas está dividido, ¿cómo ha de subsistir? Y si yo lanzo los demonios en nombre de Belzebub, ¿en virtud de quién los arrojan vuestros hijos? Ellos por tanto serán jueces vuestros. Pero si yo por el dedo de Dios arrojo los demonios, ya llegó ciertamente el reino de Dios. Cuando un hombre valeroso y bien armado está encargado de la custodia de una casa, nadie entrará en ella sin desarmarlo antes y vencerlo. El que no es de mi parte, está contra mí; y el que no coge conmigo, espárcese. Siendo arrojado de su morada el espíritu impuro, busca por todas partes donde reposar; y no hallando acogida en parte alguna, se vuelve á su casa, y se fortifica allí de nuevo con otros siete espíritus mas malos que él; y de esta manera viene á ser peor que antes la condicion del hombre que fué librado. Le-

(1) Luc. x. 35-37.—(2) Ibid. x. 38. ad finem.—(3) Luc. xi. 1-13.

vantando la voz una muger, se dirige á Jesús, y le dice: Feliz el vientre que te llevo; Jesús la responde diciendo que es mucho mas feliz quien escucha la palabra de Dios y la practica (1).

Jesús continúa declamando contra los fariseos. Tercera vez les declara que no les dará otra señal que la del profeta Jonas; que la reina de Sabá y los Ninivitas se levantarán contra ellos el día del juicio, y condenarán su incredulidad y que no cedan á la verdad; que una lámpara encendida no se pone bajo el celemin, sino en el candelero, para que desde allí alumbré; que la luz del cuerpo es el ojo, y si este vé con claridad, todo el cuerpo será lucido; pero si no, permanecerá en obscuridad. Temed, pues, les dijo, no sea que la luz que tenéis se apague y se oscurezca (2).

Un fariseo, habiendo convidado á comer á Jesús, se escandalizó de que no se lavó las manos antes de sentarse á la mesa. Mas Jesús le respondió que los fariseos tenían gran cuidado de limpiar el exterior del vaso, entre tanto que ellos tenían su interior lleno de rapiñas y de malicia. En seguida reprobó la conducta de los que pagaban el diezmo de la yerbabuena y de la ruda, y se descuidaban de lo que exigia la justicia y la verdad. Les echó en cara el que solicitasen con empeño los primeros asientos en las sinagogas y congresos públicos, siendo unos sepulcros blanqueados, sobre los cuales se camina con seguridad. ¡Ay de aquellos, añadió, que imponen á los otros hombres cargas intolerables, mientras que ellos ni con la extremidad de un dedo auxilian á los que con tanta molestia las soportan! ¡Ay de aquellos que construyen túmulos á los profetas que hicieron morir sus padres! ¡Ay de aquellos que se han apoderado de la llave de la ciencia, sin entrar ellos, ni dejar entrar á los demás! Irritados los escribas y fariseos de lo que acababa de decirles Jesucristo, lo observaban, y obligaban á que hablara sobre otros muchos puntos con el fin de sorprenderlo en sus discursos (3).

Año de la era cr. vulg. 82.

XCVII.
Invectivas de Jesús contra los Fariseos.

XCVIII.
Jesús come en casa de un fariseo, que se escandaliza al ver que sin lavar se lava las manos se sienta á la mesa. Invectivas contra los fariseos.

Conversando cierto dia Jesús con sus discípulos en medio de un gran pueblo, les dijo: Guardaos de la levadura de los fariseos que es la hipocresía; porque nada hay tan oculto que no se descubra, ni tan secreto que algun dia no llegue á saberse. Lo que secretamente habeis dicho, algun dia será publicado en presencia de todo el mundo; y lo que habeis dicho al oído alguna vez, se predicará sobre los techos. No temais á los que puedan quitar la vida del cuerpo, sino al que pueda dar muerte al alma precipitándola al infierno. Dios tiene cuidado hasta de un pájaro; cuánto mas cuidará de vosotros cuando tiene contados hasta los cabellos de vuestras cabezas. A quien me confesare ante los hombres, lo confesaré delante de mi Padre, como negaré al que me negare. Las blasfemias dichas contra el Hijo serán perdonadas; pero las que fueren contra el Espíritu Santo, no se perdonarán. Cuando os hagan comparecer ante los jueces y magistrados, no os conturbie lo que debéis responder, porque en la hora os enseñará el Espíritu Santo lo que debéis decirles (4).

Cierto hombre vino á suplicar á Jesús, que obligase á un her-

XCVIX.
La hipocresía es la levadura de los fariseos.

(1) Luc. xi. 14-38.—(2) Ibid. xi. 29-36.—(3) Ibid. xi. 37. ad finem.—(4) Luc. xii. 1-12.

Año de la era cristiana vulgar.

32.

C.
Se le pide á Jesus que haga una particion entre dos hermanas.

mano suyo á fin de que de sus bienes partiera con él. Jesus le dijo que no estaba constituido juez de semejantes negocios; y de aquí tomó ocasion para hablar contra la avaricia. Sobre esto propuso á sus discípulos la parábola de un hombre rico, que queriendo destruir sus graneros para hacerlos mas amplios, y proponiéndose vivir á todo su gusto, repentinamente fué sorprendido por la muerte. Por tanto, no conviene andar muy solícitos sobre la comida y vestido. Dios tiene cuidado de vestir y alimentar á las aves; con mayor razon cuidará de los hombres, y así es inútil inquietarse por esto. El hombre no puede añadir á su estatura la altura de un solo codo. ¿Y si no puede lo ménos, podrá lo mas! Los lirios no se muestran solícitos por vestirse, y Dios los viste con magnificencia. Luego buscad ante todas cosas el reino del cielo, y todo lo demas se os dará por añadidura. Vended lo que tenéis, haced con ello limosna, y así atesoraréis para el cielo. Tened siempre ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas, para que volviendo vuestro amo del festin, salgais á recibirlo. En verdad os digo, que si él os encuentra en este estado, os sentará á la mesa, y él mismo os servirá la comida. Si el padre de familia supiera la hora en que el ladrón debería venir á asaltar su casa, se mantendría en vela. Estad, pues, siempre prevenidos, porque ignorais á qué hora ha de venir el Hijo del hombre (1).

CI.
Parábola del fiel administrador, del criado malvado, y del siervo desobediente.

Preguntó Pedro á Jesus si lo que decia se dirigia á todos, ó hablaba para solos sus discípulos. Con este motivo propuso Jesus Cristo diversas parábolas: 1.ª del fiel y prudente administrador, que en recompensa de su fidelidad recibió la administracion de toda la familia; 2.ª del que abusando de la ausencia de su amo maltrató á los criados compañeros suyos, y se ocupó en otras cosas; entre tanto vino el amo, y condenó á muerte á este administrador infiel; 3.ª del siervo, que sabiendo la voluntad de su señor, no la ejecutó, y fué severamente castigado, y la de aquel que no sabiéndola, fué castigado con ménos rigor. Mucho se le pide al que se le ha confiado mucho. Yo he venido á arrojar fuego sobre la tierra, dice Jesus, y solo quiero verla arder. Vine para ser bautizado con un bautismo de sangre, y me urge un vehemente deseo hasta que este bautismo se cumpla. No he venido á traer la paz sobre la tierra, sino la division entre las familias, entre hijos y padres, entre padres é hijos &c. (2).

CII.
Convenirse con su contrario antes de ir al juicio.

Jesus echó en cara á los fariseos que no supieran discernir el tiempo de la venida del Mesias, siendo así que por las observaciones celestes podian pronosticar exactamente el bueno ó mal tiempo. Tambien les dijo: Cuando ya vais con vuestro acreedor á presentaros al juez, procurad diligentes conveniros con él, para que el juez no os condene y os ponga en prision hasta que pagueis el último cuadrante (3).

CIII.
Sangre de los Galileos mezclada por Pilato en los sacrificios.

En ese tiempo se le dijo á Jesus que Pilato habia mezclado la sangre de algunos Galileos con sus sacrificios. Jesus respondió: ¿Creisteis que estos habrian sido los mas culpables del pais? No sin duda. Ni tampoco fueron los mas criminales de Jerusalem aquellos

(1) Luc. xii. 13-14.—(2) Luc. xii. 51. *ad finem*.—(3) *Ibid.*

Año de la era cr. vulg.

32.

sobre quienes cayó la torre de Siloé. Por tanto, si vosotros no hacéis penitencia, tambien vosotros todos pereceréis. Les propuso la parábola de una higuera, que por no dar fruto mandó su dueño que la arrancaran; mas el viñero le rogó que la esperase todavía un año, en cuyo tiempo la cultivaría y la mejoraría, y dijo que si esto no bastase, la arrancaría (1).

Como por lo coman enseñaba en las sinagogas, curó allí en un sábado de una muger que ya contaba diez y ocho años de estar tin encorvada, que no podia mirar hácia arriba. El presidente de la sinagoga se quejó, diciendo que teniendo bastantes dias la semana, no habia necesidad de hacer estas curaciones en el sábado. Jesus le respondió: Hipócritas, ¿quién de vosotros tiene escrúpulo por desatar en sábado á su buey ó á su asna para darle de beber? ¿y escrúpulizais que yo cure á esta muger que hace diez y ocho años que está padeciendo (2)?

Por segunda vez les propuso la parábola del grano de mostaza, que llega á ser un árbol grande: la de la levadura que hace fermentar una pasta de tres medidas de harina (3). Continúo su camino hácia Jerusalem predicando por todas partes en las sinagogas. Hallándose en esta ciudad el día de Pentecostes, se le preguntó si eran pocos los que se salvaban, y les respondió: Esforzaos á entrar por la puerta estrecha; tiempo vendrá en que muchos querran entrar por ella, y no lo conseguirán; y á los que vendrán á llamar á la puerta diciendo: Abrichos, Señor, se les dirá: No os conosco; apartaos, obradores de iniquidad; quedaos á fuera, donde habrá gemidos y crujir de dientes. Un día veréis que vienen extranjeros de todas las partes del mundo, y se sentarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, entre tanto que serán los Judios echados fuera. De esta manera los primeros serán los últimos, y los que eran últimos serán primeros (4).

El mismo día unos fariseos avisaron á Jesus que Heródes queria matarlo, y él les respondió: Decid á esa raposa, que yo continúo curando los enfermos hoy y mañana, y en tres dias consumo mi carrera. Conviene que prosiga todavía ejercitando por algun tiempo mi ministerio; mas yo debo morir en Jerusalem, pues no es permitido á un profeta morir en otra parte. En seguida predijo la destruccion de esta ciudad que mató los profetas, y se opuso á la voluntad del que queria congregar á sus hijos, como abriga la gallina á sus polluelos. Concluyó diciendo: Ya no me veréis mas, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor (5).

Habiendo Jesus dejado á Jerusalem, volvió á Cafarnaum, donde un sábado lo convidó á su mesa uno de los principales fariseos. Los fariseos lo observaban con el fin de acusarlo como violador del sábado, si acaso practicaba en este día alguna curacion. Allí se le presentó un hidrópico, y preguntó á los fariseos si sería lícito curar á un enfermo el día del sábado. Mas guardando ellos silencio, tomó al hidrópico y lo sanó, haciéndoles al mismo tiempo esta pregunta: ¿Sacarais vosotros el día del sábado vuestras bestias si hubieran caido en un pozo? Los fariseos no pudieron responder (6).

(1) Luc. xiii. 1-9.—(2) Luc. xiii. 10-17.—(3) Luc. xiii. 18-21.—(4) *Ibid.*—(5) Luc. xiii. 31. *ad finem*.—(6) Luc. xiv. 1-6.

CIV.
Curacion de una muger que contaba diez y ocho años de estar encorvada.

CV.
Parábola del grano de mostaza.
Los pocos que se salvaban. Prineiros, que seran postreros.

CVI.
Heródes quiere hacer morir á Jesus.

CVII.
Curacion de un hidrópico en presencia de los fariseos.

Año de la
era cr. vulg.
32.

CVIII.
No tomar el
primer lugar
cuando uno
sea convidado
á comer.

CIX.
Parábola del
gran festin,
al que se es-
cusaron de
asistir los
convidados.

CX.
Parábola del
edificador,
que oportu-
namente exa-
mina si po-
drá con lo
que tiene,
concluir su
obra.

CXI.
Jesus come
con los pu-
blicanos. Pa-
rábola de la
oveja descar-
rada, y de la
dracma per-
dida.

Habiendo notado que los fariseos que con él estaban convidados se apresuraban á tomar los primeros asientos, en tono de parábola dijo: Si te convidaren á comer, toma siempre el último lugar, para que el que te convidó te haga subir mas arriba: guárdate de tomar el primer lugar, porque no sea que venga otro mas digno que tú, y te sea preciso cederle el asiento que habias tomado, porque quien se ensalza, será humillado, y será ensalzado el que se humillare. Si tuvieses algun festin no convides á tus parientes y amigos poderosos, esperando que ellos hagan lo mismo contigo convidándote á su vez; llama si á los pobres, á los enfermos y á los ciegos, para que Dios te recompense en la resurreccion de los justos (1).

Oyendo uno de los convidados este discurso de Jesucristo, dijo: Bienaventurado el que comerá en la mesa del reino de Dios. Tomó de esto ocasion Jesus para proponerle esta parábola: Cierta hombre preparó un gran banquete, y convidó á muchos; pero todos los convidados se excusaron de asistir, diciendo el uno, que habia comprado una granja, el otro que habia comprado unos bueyes, y el otro que se habia casado. Irritado el dueño del festin por la excusa de sus amigos, ordenó que se hiciesen venir á su mesa cuantos pobres y hisiados se encontrasen en la ciudad. Tambien envió á los campos, y juntó todos los miserables que halló en los caminos y cercados, y dijo á sus criados, que ninguno de los primeros convidados gustaria de la gran cena que se habia dispuesto (2).

Jesus recorrió la Galilea predicando en las sinagogas, y siempre seguido de un numeroso pueblo, á quien decia que para ser discipulo del Hijo de Dios, era menester dejar al padre, á la madre, y negarse uno á sí mismo; que era necesario tomar la cruz y seguirlo. Les propuso la parábola de un hombre que proyectó hacer una casa, y ántes de comenzarla examinó oportunamente si le bastaba su caudal para concluirla; y la de un rey que queriendo emprender la guerra contra otro rey, considera maduramente si podrá con diez mil hombres resistir al contrario que le presenta veinte mil. De esta manera, les decia, el que no quiere renunciar todas las cosas, no puede ser mi discipulo. La sal en sí es muy buena; pero si llega á perder su sabor, con qué recobrará su virtud? No sirve para abonar la tierra ni para el estiercol, sino que debe arrojarse como cosa inútil. Los que sean capaces de entenderme, escúchenme (3).

Volvió Jesus á Cafarnaum, y los publicanos y pecadores se le acercaron con el fin de oirlo. Jesus no se desdennó de comer con ellos. De esto murmuraban los fariseos, y él les propuso esta parábola: Un hombre tenia cien ovejas, y habiéndose descarriado una de ellas, abandonó en el desierto las noventa y nueve, por ir á buscar la que se habia perdido. La puso sobre sus hombros, la introdujo en el rebaño, y ya de vuelta á su casa, llamó á sus amigos diciéndoles le diesen el parabien por haber encontrado la oveja que habia perdido. Así se regocijarán los ángeles en el cielo por la con-

(1) Luc. xiv. 7. 14.—(2) Luc. xiv. 15. 24.—(3) Luc. xiv. 25. ad finem.

version de un pecador. Añadió tambien la parábola de la dracma perdida y hallada, y les hizo sacar la misma consecuencia (1).

Todavía les añadió otra del hijo pródigo, que habiendo obligado á su padre á que le diera la parte que de su herencia le tocaba, se fué á un pais muy distante, donde en malas compañías consumió todo cuanto tenia. Bien pronto quedó reducido á la mayor pobreza y obligado á cuidar cerdos. Reflexionando sobre sí mismo, resolvió volver á la casa de su padre. Volvió en efecto; su padre lo recibió con los brazos abiertos, hizo que le dieran sus vestidos, y dispuso una gran fiesta para manifestar su gozo por esta vuelta. Pero habiendo llegado del campo el hermano mayor de este jóven, se enojó por la acogida que dió su padre á su hermano menor. Dijo entonces el anciano que era necesario alegrarse por la venida de su hermano, porque era en alguna manera haber vuelto de la muerte á la vida (2).

Jesus despues de esto pasó el Jordan, y por el pais que está del otro lado del rio vino á Judea. Seguíale comunmente un numeroso pueblo y muchos enfermos á quienes daba la salud (3).

Contó á sus discípulos la parábola del mayordomo infiel que, habiendo disipado los bienes de su señor, y no hallándose capaz de dar cuentas, llamó en particular á cada uno de los deudores de su amo, y les dió su carta de pago, á fin que ellos lo acogiesen en sus casas cuando fuera privado del cargo de intendente en la casa de su amo. Haceos pues vosotros amigos, les dijo, con las riquezas de la iniquidad, para que despues de esta vida os reciban en las eternas moradas. El que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho, y el que no lo es en las cosas ajenas, ¿cómo lo será en las propias? Ninguno puede servir á dos señores; no se puede servir á Dios, y ser esclavo de las riquezas (4).

Los fariseos como que eran avaros, se burlaban de estos discursos del Salvador; pero él les dijo que Dios penetraba el fondo de los corazones, y lo que era estimable á los ojos de los hombres, era aborrecible á los de Dios. La ley y los profetas han subsistido hasta el tiempo de Juan Bautista; despues de este tiempo está anunciado el reino del cielo, y todos hacen fuerza contra él. Mucho mas fácil es que pasen el cielo y la tierra, que el que se frustré la menor letra de la ley (5).

Los mismos fariseos en seguida le preguntaron, por tentarlo, si era permitido divorciarse de su muger. Jesucristo les preguntó qué era lo que habia mandado Moises. Respondieron que Moises habia permitido que el hombre diese á la muger un libelo de divorcio, y la repudiase. Es cierto, dijo Jesus; mas esto lo concedió en atencion á la dureza de vuestro corazon. ¿Qué, no habeis leído que en el principio Dios crió al hombre y á la muger, y que el hombre dejara á su padre y á su madre por unirse á su esposa? Nadie por tanto separe lo que Dios ha unido. Os digo, pues, que si no es por causa de adulterio, el que repudiare á su muger y se casare con

Año de la
era cr. vulg.
32.

CXII.
Parábola del
hijo pródigo.

CXIII.
Parábola del
infiel y del
mayordomo.

CXIV.
¿Es permiti-
do separarse
de su muger?

(1) Luc. xv. 1. 10.—(2) Luc. xv. 11. ad finem.—(3) Matth. xix. 1. 2. Marc. x. 1.—(4) Luc. xvi. 1. 13.—(5) Luc. xvi. 14. 17.

Año de la era cr. vulg. 32.
 CXV. Tres clases de eunucos. Virgindad recomendada

otra, es un adúltero; como también lo es el que se desposa con la mujer repudiada por su marido (1).

Habiendo vuelto Jesús á casa, vinieron sus discípulos á hablarle de nuevo sobre la misma materia, y él reprodujo lo que tenia dicho á los fariseos. Dijéronle: Siendo esto así, mejor será no casarse. Jesús respondió: No todos pueden permanecer de ese modo. Hay tres suertes de eunucos: unos por naturaleza, ó temperamento; otros por necesidad; y los terceros por su voluntad. Estos últimos son los que viven en continencia, para merecer el reino de los cielos (2).

Cierto día les propuso la parábola de Lázaro y del ricoavariento. Vestía este con magnificencia, y diariamente se daba el mejor trato. A su puerta estaba postrado Lázaro deseando saciarse únicamente con las migajas que caían de la mesa. Murieron ambos, y Lázaro fué conducido al seno de Abraham, y el rico al infierno. Viendo este á lo lejos á Abraham, le rogaba que enviase á Lázaro para que le refrescase la lengua con sola una gota de agua que llevara en la extremidad de su dedo. Pero Abraham le respondió que ya había gozado durante su vida de toda clase de placeres, y ahora era la vez de Lázaro: á mas de esto entre nosotros dos hay un caos impenetrable, y no puede por tanto Lázaro ir á ti. El rico continuó diciendo: Ruegote, pues, que á lo ménos envíes un aviso á mis cinco hermanos que aun están en el mundo, para que ellos se guarden de caer en el estado en que yo me veo. Pero Abraham le respondió: Allí tienen á Moises y los profetas, á quienes pueden escuchar; y si no oyen á estos, ¿cómo mejor al hombre que se les envíe (3)?

Es imposible que no haya escándalos en el mundo, dijo Jesucristo á sus discípulos; pero ¡ay de aquel que lo causa! Valdria mas atarle al cuello una piedra de molino, y precipitarlo al mar, que escandalizar al menor de los míos. Si tu hermano te falta en algo, repréndelo. Si se enmienda, perdónalo; y aun cuando siete veces te ofenda, otras tantas debes, si él se arrepiente, perdonarlo. Los apóstoles le dijeron: Señor, aumentad nuestra fe. El les respondió: Si tuviereis tanta fe como un grano de mostaza, y dijereis á un moral que se arranque de raíz y se precipite en el mar, él os obedecerá (4).

Jesús para mostrar que en cualquiera cosa que hagamos por Dios no somos mas que siervos inútiles, les presentó esta parábola: Un amo que tiene un criado en el campo, ó que conduce sus ganados, ¿le dirá acaso al verlo volver: Sientate y come, ó mas bien le ordenará que le prepare la comida y le sirva la mesa, y él comerá despues? ¿Si el criado así lo ejecuta, le quedará por ello obligado á su amo (5)?

ARTICULO II. Que comprende lo que pasó desde la fiesta de los Tabernáculos hasta la cuarta Pascua.

CXIX. Fiesta de los

Acercándose la fiesta de la Scenopegia ó de los Tabernáculos, los parientes de Jesús solicitaron que fuese á Jerusalem, para que los

(1) *Matth. xix. 3-9. Marc. x. 2-9. Luc. xvi. 18.* (La continuacion en el art. cxvi).—(2) *Matth. xix. 10-12. Marc. x. 10-12.* (La continuacion en el art. cxix).—(3) *Luc. xvi. 12. ad finem.*—(4) *Luc. xvii. 1-6.*—(5) *Luc. xvii. 7-10.* (La continuacion en el art. cxxxix).

discípulos que allí había hecho al principio de su predicacion dos años y medio ántes, vieran los prodigios que obraba, se afirmaran en su creencia, y él se manifestara al mundo, porque sus parientes no creían en él. Pero Jesús les dijo que ellos bien podían ir á Jerusalem; pero por lo que respectaba á él no iba, porque aun no había llegado su tiempo. Mas no dejó de ejecutarlo cuando ellos se apartaron de allí. El pueblo entre tanto lo buscaba, y sobre su persona había en aquella multitud ruidosas discusiones (1).

Habia pasado ya la mitad de los ocho días de la fiesta cuando Jesucristo fué al templo y comenzó á predicar. Los Judíos que sabían que no había estudiado, admiraban su doctrina. Mas Jesucristo les dijo que su doctrina no era suya, sino del Padre celestial que lo había enviado. Y como penetraba los inicuos designios que formaban contra él, les dijo que ninguno de ellos observaba la ley de Moises, que prohibía el homicidio, y ellos estaban resueltos á matarlo. El pueblo que ignoraba la voluntad de los sacerdotes y fariseos, le respondió: Estás endemoniado; ¿quién ha pensado hacerte morir? Jesús les dijo: Yo he obrado un milagro sanando al enfermo que estaba en la probática piscina, y todos os habeis admirado. Os ha parecido mal que yo curase á un hombre en el día del sábado, y vosotros no dificultais circuncidar á un hombre el mismo día por obetecer á Moises, ó mas bien á los patriarcas, de quienes trae origen esta ceremonia (2).

Algunos de los de Jerusalem decían: ¿No es este el hombre á quien los fariseos querían dar muerte? ¡Mirad como habla públicamente, y nadie le hace cosa alguna. ¿Es este al que reconocieron los principes de los sacerdotes por el Mesías? Mas otros decían: No; porque de este sabemos de donde viene, y del Mesías ignoramos de donde vendrá. Pero Jesucristo clamaba en el templo: Bien me conocéis y sabeis mi origen, mas no conocéis al que me ha enviado; yo sí lo conozco, porque de él vengo, y él me ha enviado. Intentaron prenderlo; mas no se pudo, porque aun no había llegado su tiempo. Sin embargo muchos del pueblo creyeron en él diciendo: ¿Cuando venga Cristo hará mayores prodigios que los que este obra (3)?

Habiendo sabido los sacerdotes y fariseos lo que juzgaba el pueblo, enviaron gente con el objeto de arrestar á Jesús. Mas Jesús les dijo: Todavía tengo de estar un poco de tiempo con vosotros, y volverme despues al que me envió. Me buscaréis y no me hallaréis, porque no podeis venir á donde yo voy. Los Judíos que no penetraban el sentido de este discurso, mutuamente se preguntaban: ¿Qué querrá decir con estas palabras: Me buscaréis y no me hallaréis? ¿Querrá ir á las gentes que se hallan dispersas, ó á predicar á los extrangeros (4)?

Estando Jesús en el templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos, dijo: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Si alguno cree en mí, de su corazón saldrán rios de agua viva, denotando con esto al Espíritu Santo que debían recibir. El pueblo que

Tabernáculos ó de la Scenopegia. Jesús es solicitado por sus parientes para que vaya á Jerusalem.

CXX. Jesús enseña en el templo. Admiracion de los Judios por su doctrina.

CXXI. No se sabe de donde vendrá el Mesias.

CXXII. Los sacerdotes envían gente con el fin de prender á Jesús.

CXXIII. Jesús, fuente de agua viva.

(1) *Juan. vii. 2-13.* (Calmet sigue á Mr. Thoynard colocando aquí lo contenido en este artículo y en los trece siguientes).—(2) *Juan. vii. 14-23.*—(3) *Juan. vii. 25-31.*—(4) *Juan. vii. 32-36.*

escuchaba, estos discursos decia: Este hombre es un verdadero profeta: él es el Cristo. Y otros replicaban: ¿Pues qué de Galilea puede venir el Cristo? ¡No denota la Escritura que descenderá de la familia de David, y de la villa de Belen? Y habia una gran division en el pueblo sobre este asunto (1).

Los que habian sido enviados por los sacerdotes para arrestar á Jesus, se volvieron sin ejecutar cosa alguna, diciendo que jamas hombre alguno habia hablado como él. Respondiéronlos los sacerdotes y los fariseos: ¿Vosotros tambien estais seducidos como los demás? Habetis visto que alguno de los principes de los sacerdotes haya creido en él? Este maldito pueblo es el único que ignora la ley. Nicodemos, discipulo oculto del Salvador, les dijo: La ley condena á alguno sin oírlo? Ellos le respondieron: ¿Hay algunos profetas de Galilea? ¿Tú eres tambien Galileo? Siendo ya tarde, se retiraron todos, y Jesus se fué á pasar la noche al monte de las Olivas (2).

A la mañana siguiente volvió al templo y comenzó á predicar. Presentáronle los fariseos una muger sorprendida en adulterio, preguntándole de una manera capciosa qué era lo que debía ejecutarse. Jesucristo sin responder cosa alguna escribia sobre la tierra; y erigiéndose les dijo: El que de vosotros estuviere sin culpa, ese sea el primero que la apedree; y volvió á escribir como antes sobre la tierra. Viendo esto los acusadores unos tras otros se retiraron, y quedó la muger sola en el puesto. Entonces levantándose Jesus la dijo: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Qué, nadie te condena? Pues yo tampoco te condeno. Vete, y no peques mas (3).

Jesus continuando su doctrina decia al pueblo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas. Dijéronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, y así nada vale tu testimonio. Jesus les respondió: Aunque yo me dé testimonio á mí mismo, es mi testimonio verdadero, porque yo sé á donde voy, y de donde vengo; pero vosotros ignorais ambas cosas. Cuando juzgo, es cierto mi juicio, porque yo no estoy solo, está mi Padre conmigo; y conforme á la ley el testimonio de dos personas debe estimarse verdadero. Ellos le preguntaron donde estaba su padre, y él les dijo: Vosotros no conceis ni á mi Padre ni á mí; y si me conoceriais, conoceriais tambien á mi Padre. Esto dijo Jesus en el lugar donde estaba el tesoro del templo; y ninguno se atrevió á prenderlo, porque aun no habia llegado su hora (4).

Poco despues les dijo Jesus que se iba, y que inútilmente lo buscarian, que morirán en su pecado, y no podrian ir á donde él debía ir. Ellos dijeron: ¿Qué, se quitará la vida, supuesto que afirmas que no podemos ir á donde él irá? Jesus les dijo: Yo no soy de acá abajo ni de este mundo; pero vosotros sí sois del mundo; y si no creis en mí, moriréis en vuestros pecados. ¿Pues tú quién eres? le preguntaron. Y les respondió: Pensad primeramente en lo que os digo (5). Tengo mas que decirlos, y solamente os digo lo que sepa del mismo que me envió. Cuando habréis ensalzado al Hijo del hombre, entonces me conoceréis, y sabréis que nada hago por mí

(1) Joan. vii. 37-43.—(2) Joan. vii. 44, ad finem. et *Ibid.* vii. 1.—(3) Joan. vii. 2-11.—(4) Joan. vii. 12-30.—(5) M. Thoynard traduce: Principio quod et loquor vobis.

mismo, sino que cuanto digo lo he oído á mi Padre. Muchos de aquellos que lo escuchaban creyeron en él. Jesus les dijo: El que permanece en la verdad es verdaderamente mi discipulo, y la verdad lo librará. Los Judios le respondieron: Nosotros somos hijos de Abraham, y nunca hemos sido esclavos. Dijoles Jesus: El que peca es esclavo del pecado, y vosotros no seréis verdaderamente libres, sino cuando el Hijo os haya libertado. Yo sé que sois hijos de Abraham; pero queréis matarme porque mis palabras no hallan cabida en vuestros corazones. Si sois hijos de Abraham, imitad las obras de vuestro padre. ¿Por qué queréis matarme? ¿Pues qué así se conduce Abraham? Ellos le dijeron: Nosotros tenemos á Dios por Padre. Jesus les respondió: Si fuerais hijos de Dios, me amaríais sin duda, pues yo vengo de Dios, y á Dios he de volverme. Antes bien sois hijos del demonio, supuesto que haceis su voluntad; porque él desde el principio del mundo es mentiroso y homicida (1).

A continuacion les dijo: ¿Quién de vosotros me acusará de pecado? ¡Si os digo la verdad, por qué no la creis! El que es de Dios escucha sus palabras; y como vosotros no sois de Dios, por eso no las escuchais. Dijéronle los Judios: ¡No hemos dicho bien, que eres un samaritano ó un endemoniado? No soy endemoniado, respondió Jesus, sino que honro á mi Padre, y vosotros me deshonrais. No busco mi gloria; hay otro que la busque por mí, y que me vengará de los ultrajes que me haceis. Quien cumple mis palabras, no verá la muerte. Los Judios le dijeron: Ahora acabamos de conocer que estás poseido del demonio. Nuestro padre Abraham ya murió, y tú dices que el que observe tus preceptos no morirá. ¿Eres mayor que nuestro padre Abraham? Los profetas tambien murieron, ¿quién pretendes ser tú? Jesus respondió: Si yo mismo me glorifico, nada vale mi gloria; mi Padre, á quien llamais vuestro Dios, y á quien no conceis, ese es el que me glorifica: yo lo conozco, y observo sus órdenes. Vuestro padre Abraham se alegró con la sola esperanza de ver mi día; lo vió, y se llenó de gozo. Dijéronle: Aun no tienes cincuenta años ¿y dices haber visto á Abraham? Jesus respondió: Os digo en verdad que ya yo existia cuando Abraham nació. Entonces tomaron piedras para apedrearlo; pero Jesus se ocultó, y salió del templo (2).

Jesus al retirarse vió á un ciego de nacimiento. Los discipulos preguntaron si habia nacido ciego por sus pecados ó por los de sus padres. Ni por lo uno ni por lo otro, les respondió Jesucristo; sino para que en él se manifestasen las obras de Dios. Mientras dura el día, añadió, debo cumplir lo que me ha ordenado mi Padre; yo soy la luz del mundo. En ese mismo tiempo escupiendo en la tierra, con ella y la saliva hizo lodo, y untó los ojos del ciego de nacimiento, y le dijo que fuera á lavárselos en la fuente de Silóe. El ciego fué, se lavó, y quedó sano. Siendo este hombre un mendigo muy conocido, los que lo veían sano no podían persuadirse que fuese el mismo; mas él aseguraba ser el mismo, y repetía á todos la manera en que habia recobrado la vista (3).

En la siguiente mañana el ciego fué presentado á los fariseos

(1) Joan. viii. 21-44.—(2) Joan. viii. 46, ad finem.—(3) Joan. ix. 19. TOM. XIX. 8

CXXIV. Ningun hombre ha hablado nunca como Jesucristo.

CXXV. Le presentan á Jesus una muger sorprendida en adulterio.

CXXVI. Jesus es la luz del mundo.

CXXVII. Jesucristo no irá, y los Judios morirán en su pecado.

CXXVIII. Jesus es irreprensible. El que es de Dios escucha las palabras de Dios.

CXXIX. Curacion del ciego de nacimiento.

CXXX.
El ciego de nacimiento es conducido á la presencia de los sacerdotes.
Año de la era cr. vulg. 32.

para dar razón del cómo había sanado. Los fariseos sostenían que Jesús no era un hombre enviado de Dios, por no observar el sábado, puesto que en este día había practicado la curación. Otros decían: ¿Cómo un pecador puede obrar tales maravillas? El ciego defendía que Jesús era un verdadero profeta. Durante esta contestación hicieron venir á los padres del ciego sano, para saber si este era su hijo, y si había nacido ciego. Ellos respondieron que ninguna cosa había más cierta que esto; pero por lo tocante á su curación no sabían como había sucedido; que su hijo ya tenía suficiente edad para responderles, y á él podían preguntarle. Los padres observaron esta conducta por el temor que tenían á los fariseos; pues sabían que estaba resuelto echar fuera de la sinagoga á los que reconociesen á Jesús por el Mesías. Los fariseos, pues, hicieron que otra vez se presentara el ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios, y confiéсанos la verdad. Nosotros sabemos que este hombre es pecador. El ciego respondió: Yo no sé si es pecador; lo que sí sé es que él me ha dado la vista. Y como ellos repreguntasen cómo Jesús había obrado este prodigio, respondió el ciego: Lo tengo ya dicho, no lo habeis entendido? ¿Queréis por ventura ser sus discípulos? Maldito seas, le dijeron, y sé tú discípulo suyo, que nosotros lo somos de Moisés. Sabemos que Dios ha hablado por medio de Moisés; pero ignoramos de donde procede este hombre. Esto sí es digno de admiración, les dijo el ciego, que no sepais de donde es este hombre que abrió mis ojos, cuando todos sabemos que Dios no oye á los pecadores, sino á los buenos. Nunca se ha oído que un hombre haya dado vista á un ciego de nacimiento; y por tanto Jesús no habría podido hacerlo, si no fuera enviado de Dios. Los fariseos le dijeron: Tú eres todo pecados desde que naciste, y te atreves á enseñarnos? En aquel instante lo echaron del templo (1).

CXXXI.
El ciego de nacimiento cree en Jesu-
cristo.

Sabiendo Jesús lo que había pasado, encontró por las calles al ciego, y le preguntó si creía en el Hijo de Dios. ¿Quién es el Hijo de Dios? preguntó el ciego. Yo soy, respondió Jesús. Desde luego se postró el ciego á sus pies y lo adoró. Jesús dijo también que había venido al mundo para que los ciegos vieran la luz, y los que la veían quedaran ciegos. Los fariseos que estaban presentes le dijeron: ¿Nosotros también somos ciegos? Jesús respondió: Si os juzgarais ciegos, no tendríais pecado; pero por cuanto aseguraís que veis, permaneceís en vuestro pecado (2).

CXXXII.
El pastor ver-
dadero entra
al redil por
la puerta;
mas el ladrón
por otra por-
ta.

Entonces Jesús presentó á los fariseos esta parábola: El que no entra por la puerta al redil, es ladrón; pero el pastor entra por la puerta; las ovejas lo conocen y lo siguen. Yo mismo soy la puerta; todos los que vienen sin entrar por esta puerta son ladrones; mas el que entrare por ella se salvará. Yo soy el buen pastor, y doy mi vida por mis ovejas; pero el mercenario las abandona al lobo, y se pone en salvo. Otras ovejas tengo que no son de este aprisco, y es necesario que yo las conduzca: ellas oirán mi voz, y no habrá mas que un rebaño y un solo pastor. El Padre ama al Hijo, porque este pone su vida para recobrarla despues. Nadie podrá quitársela, mientras él no quiera darla. Estos discursos causaron una especie

(1) Joan. ix. 10-34.—(2) Joan. ix. 35. *ad finem.*

de cisma entre los Judíos. Unos afirmaban que estaba endemoniado; y otros lo negaban, porque sus discursos no eran propios de un poseído del demonio. ¿Un endemoniado curará acaso á un ciego de nacimiento? (1)

En seguida se fué Jesús á Galilea; y despues volviendo á Jerusalem para la fiesta de la dedicación del templo, pasó por medio de Galilea y Samaria; y estando ya al entrar á una ciudad, desde lejos le dijeron en alta voz diez leprosos: Maestro Jesús, compadécete de nosotros; Jesús les ordenó que fueran á presentarse á los sacerdotes. Ellos así lo ejecutaron, y quedaron sanos. Uno de ellos que era samaritano volvió á darle gracias á Jesús. El Salvador le dijo: ¿No fueron diez los que se curaron? ¿dónde están, pues, los otros nueve? Un extranjero es el único que ha venido á dar gracias á Dios. Vete, tu fe te ha hecho salvo (2).

Estando Jesús en el templo le preguntaron los fariseos cuándo vendría el reino de Dios. Les respondió que el reino de Dios no vendría de una manera sensible y manifiesta, ni con un esplendor que lo hiciera notable; pero por lo demas el reino de Dios ya estaba en medio de ellos. Entonces dijo á sus discípulos: Tiempo vendrá en que alguna vez desearéis ver al Hijo del hombre, y no lo conseguireis. Agregó que también se diría: Aquí está, ó allí se halla; pero que se guarden de creerlo; porque el Hijo del hombre vendrá repentinamente como un relámpago, y antes de esto tendrán que sufrir muchos males de parte de los Judíos; que el día de su venganza llegará cuando ménos lo piensen; como vino el diluvio en los días de Noé, y el incendio de Sodoma y Gomorra en el de Lot; cuando los hombres comían, bebían, tomaban mugeres y se casaban; así sucederá el día del Hijo del hombre. Entonces quien estuviere en el techo no baje á tomar lo que está dentro de la casa; y el que estuviere en el campo no vuelva atras. Acordaos de la muger de Lot. El que quiera salvar su vida, la perderá; y quien piense perderla, la salvará. De dos personas que estarán en un lecho, la una será llevada y la otra se salvará. De dos que sirvan en el molino, la una quedará y la otra será llevada. De dos hombres que trabajen en el campo, el uno será preso y el otro quedará libre. Los apóstoles le preguntaron cuándo debería acaecer esto; y les respondió de un modo enigmático: Donde estuviere el cuerpo muerto allí estarán las águilas (3).

Tomando ocasion de esto, dijo á sus apóstoles una parábola, en la que les manifestaba cuán necesaria era la continua oración. Ciertamente el juez que no temía á Dios ni á los hombres estaba importunado por una viuda que le pedía justicia contra su adversario. Permaneció el juez mucho tiempo sin querer escucharla, hasta que cansado por sus importunidades la hizo justicia para librarse de este modo de sus instancias. Así Dios, aunque parece estar muy distante de vengarse, no dejará de hacerlo en favor de sus escogidos, que día y noche le están clamando. Preguntó á sus discípulos si cuando él venga á la tierra todavía encontrarán fe (4).

Antes de la era cr. vulg. 32.

CXXXIII.
Fiesta de la dedicación del templo.
Curación de diez leprosos.

CXXXIV.
E reino de Dios no vendrá de un modo sensible.

CXXXV.
Parábola del juez que no teme á Dios ni á los hombres.

(1) Joan. x. 1.-21.—(2) Luc. xvii. 11.-19. Joan. x. 22. (La continuación en el art. CXXXVII).—(3) Luc. xvii. 20. *ad finem.*—(4) Luc. xviii. 1.-8.

CXXXVI.
Parábola del fariseo y del publicano, que van al templo.
Año de la era cr. vulg.
32.

CXXXVII.
Los Judíos quieren apedrear á Jesús porque dice ser Hijo de Dios.

CXXXVIII.
Jesús se va al otro lado del Jordán.

CXXXIX.
Enfermedad de Lázaro.

CXL.
Los niños se presentan á Jesús.

CXLI.
Muerte de Lázaro.

En segunda les propuso la parábola de ciertas personas que se tenían por justas y despreciaban á los demás. Dos hombres, les dijo, subían al templo; el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo manteniéndose en pie decía á Dios: Gracias te doy, Señor, de no ser como los hombres injustos, raptores, adúlteros, y de no ser como este publicano. El publicano quedándose á lo lejos muy retirado, apenas osaba levantar los ojos al cielo; sino que golpeando su pecho decía: Señor, tened misericordia de mí pecador. En verdad os digo, que este salió del templo agradando á Dios mucho mas que el primero (1).

Andaba Jesús en el templo en el pórtico de Salomon, cuando lo rodearon los Judíos y le dijeron: ¡Hasta cuándo has de tenernos suspensos? Si eres el Cristo, dinoslo. Jesús les respondió que ya lo tenía dicho, y que sus obras bastante lo declaraban. Mas vosotros, les añadió, no lo creis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen; yo las guardo, y nadie las quitará de mi mano. Mi Padre que me las ha dado es Todopoderoso, y ninguno las arrebatará de sus manos; y yo y mi Padre somos una misma cosa. Los Judíos entonces se apresuraron á tomar piedras para apedrearlo, y él les dijo: Os he colmado de beneficios á nombre de mi Padre; ¡por cuál de ellos queréis apedrearme! Respondieronle: Te apedreamos no por tus beneficios, sino por tus blasfemias; porque siendo un hombre, quieres pasar por un Dios. Jesús les dijo: ¡No está escrito: Yo he dicho: Vosotros sois dioses! Pues si aquellos á quienes habló Dios son calificados por dioses, ¡por qué al que es enviado y santificado por el Padre lo llamais blasfemo porque dice ser Hijo de Dios! Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si las hago, creed á lo ménos á mis obras, y reconoced que yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí. Segunda vez intentaron apedrearlo, mas escapó de sus manos (2).

Después se fué Jesús á Betania á la otra parte del Jordán donde Juan bautizaba anteriormente, y allí permaneció un mes. A ese lugar vinieron á encontrarlo muchos Judíos, y creyeron en él, diciendo que Juan Bautista no había hecho milagro alguno; pero que cuanto había dicho relativo á Jesucristo, tanto se había verificado (3).

Habiéndose enfermado Lázaro, hermano de Marta y de María, por medio de un mensajero se le avisó á Jesús que estaba en Betania de la otra parte del Jordán. Jesús respondió que la enfermedad no era mortal, sino que era solamente para manifestar la gloria de Dios. En el mismo lugar se detuvo todavía dos días (4).

Se presentaban los niños á Jesús para que les impusiese las manos. Los discípulos les impedían el acercarse; pero el Salvador les dijo que los dejasen, porque de ellos es el reino de los cielos y de los que les son semejantes (5).

Entre tanto murió Lázaro. Jesucristo entonces quiso ir á Judea. Representáronle sus discípulos que no había pasado, por decirlo así, mas que un momento después que lo quisieron apedrear, y le preguntaban cómo se resolvía á ponerse de nuevo en medio de ellos.

(1) Luc. xviii. 9-14. (La continuación en el art. cxi.)—(2) Joan. x. 23-39.—(3) Joan. x. 40. ad finem.—(4) Joan. xi. 1-6. La continuación en el art. cxlii.—(5) Matth. xix. 13-15. Marc. x. 13-15. Luc. xviii. 15-17. (La continuación en el art. cxlii.)

Jesús les respondió que el día tenía doce horas que Lázaro dormía, y que él iba á despertarlo. Los apóstoles creían que hablaba de sueño natural; pero Jesús claramente les dijo que Lázaro estaba muerto. Vamos á verlo, les dijo. Tomas dirigiéndose á los otros discípulos, les dijo: Acompañémosle para morir juntamente con él (1).

En el camino un joven de los principales entre los Judíos, se postó á sus pies, diciéndole: Mi buen Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno, y por qué me preguntas lo que debes practicar para lograr la vida eterna? Un solo bueno hay que es Dios; y por lo que toca á la vida eterna, el único medio de obtenerla es observar los mandamientos. Dijo este hombre que estos los había observado desde su juventud. Jesús habiéndolo mirado con un aire de bondad, le dijo: Te resta una cosa, y es que dejes tus bienes, los des á los pobres y me sigas. Oyendo esto el joven, se retiró muy triste por cuanto él era muy rico. Jesús volviéndose á sus discípulos les dijo que es difícil que se salve un rico; y que esta dificultad es mayor que la de pasar un camello por el ojo de una aguja. Al oír esto los apóstoles se admiraron, y preguntaron ¡quién será el que pueda salvarse? Jesús les respondió: Esto es imposible para los hombres; pero todo es posible á Dios (2).

Pedro le dijo entonces: Señor, nosotros todo lo hemos dejado por seguirte, ¿qué recompensa recibiremos? Jesús les dijo que él y los demás que hubieren renunciado de todo por seguirlo, se sentarían en su nuevo reino sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. Dijoles también que los que hubieran dejado sus bienes y familia por su nombre y Evangelio, recibirían el centuplo en esta vida, aunque sin eximirse de penas, y la eterna vida en el cielo. Porque muchos que son primeros serán últimos, y muchos que son los últimos serán los primeros (3).

Con esta ocasión les presentó esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un padre de familia que envió desde el principio de la mañana trabajadores á su viña, después de haber convenido con ellos en darles un dinero por el día. A las tres, á las seis, á las nueve, y por último á las once envió otros trabajadores. Llegada la tarde, el padre de familia ordenó á su mayordomo que pagara á los operarios, y les diera á todos un mismo salario. Los que habían trabajado desde muy temprano murmuraban, diciendo que ellos habían llevado todo el peso del trabajo y del calor, y no se les daba mas que á los otros que habían trabajado una sola hora. Pero él les dijo: Yo no os he hecho injusticia alguna: ¡no habeis convenido conmigo en recibir un dinero por día? Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos (4).

Jesús habiendo llegado finalmente á Betania, supo que Lázaro llevaba cuatro días de enterrado; había allí muchísima gente que había venido de Jerusalem á consolar á sus dos hermanas Marta y María por la muerte de su hermano, cuando se avisó en la casa que Jesucristo había llegado. Marta salió á verlo, y le dijo que si él hu-

(1) Joan. xi. 7. 11. 15.—(2) Matth. xix. 16. 26. Marc. x. 17. 27. Luc. xviii. 18. 27.—(3) Matth. xix. 27. ad finem. Marc. x. 28. 31. (La continuación en el art. cxliii.) Luc. xviii. 28. 30.—(4) Matth. xx. 1. 16. (La continuación en el art. cxlv.)

Año de la era cr. vulg.
33.

CXLII.
¿Qué debe hacerse para conseguir la vida eterna?

CXLIII.
Recompensa de los que to do lo han dejado por seguir á Jesús

CXLIV.
Parábola de los operarios destinados á la viña.

CXLV.
Resurrección de Lázaro.

biera estado allí, Lázaro no se habría muerto. Jesús le respondió: Tu hermano resucitará. Si, dijo Marta, que el último día ha de resucitar. Jesús respondió: Yo soy resurrección y vida: el que cree en mí vivirá aunque haya muerto; y el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Si Señor, respondió Marta; creo que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo. Al instante ella hizo saber á su hermana María que Jesús había llegado. Desde luego ocurrió María, y postrándose á sus pies le dijo: Si aquí te hubieras hallado, no habría muerto mi hermano. Viéndola Jesús llorar con los demás que la habían seguido, se contrubó interiormente, y preguntó donde habían puesto á Lázaro. Se le condujo al sepulcro; Jesús lo hizo abrir, y dando gracias á su Padre por haber siempre oído sus ruegos, gritó: Lázaro, sal afuera; y Lázaro al instante salió envuelto segun estaba con sus lienzos y sudarios. Dijo Jesús que se los quitasen y lo dejasen en libertad (1).

CXLVI. Los fariseos resolviéron dar muerte á Jesús.

CXLVII. Jesús vino á Jerusalen á la fiesta de la Pascua. Pasion predicha tercera vez.

CXLVIII. Peticion de la madre de los hijos del Zebedeo en favor de ellos

(1) Joan. xi. 17. 44.—(2) Joan. xi. 45. 54.—(3) Joan. xi. 55. (La continuation en el art. cxlii).—(4) Matth. xx. 17. 19. Marc. x. 32. 34. Luc. xviii. 31. 34. (La continuation en el art. cxliix.)

cion de los dos hermanos; mas Jesús hablando con todos les dijo: Los reyes de las naciones ejercen sobre ellas su dominio; mas esto no sucederá así entre vosotros; porque el que es el mayor, debe portarse como el mas pequeño, y el que es el amo, como el criado; así como yo no he venido á ser servido, sino á dar y entregarme mi vida por la redención de muchos (1).

Aproximándose Jesús á Jericó, un ciego que pedía limosna en el camino habiendo oído el ruido de la mucha gente que lo seguía, y sabiendo que era Jesús, le gritó: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Jesús hizo que se le acercaran, y al punto le dió la vista en recompensa de su fé (2).

Al paso por la ciudad de Jericó, un hombre llamado Zaqueo, gefe de los publicanos y rico, que mucho tiempo habia que deseaba ver á Jesús, subió sobre una higuera silvestre que estaba por donde mismo habia de pasar Jesús, á fin de poderlo ver, porque era de pequeña estatura. Pasando cerca de allí Jesús, le dijo que bajara, porque queria alojarse en su casa. Lo recibió en ella Zaqueo con todo su séquito, de lo cual murmuraba el pueblo, diciendo que iba Jesús á la casa de un pecador. Pero Zaqueo exaltado por el honor que recibia, dijo al Salvador: Señor, yo doy el día de hoy la mitad de mis bienes á los pobres; y si á alguno he hecho algun mal, lo satisfaré al cuádruplo. Dijo Jesús: Esta casa recibe hoy la salud, y este es tambien un hijo de Abraham; porque yo he venido á buscar y á salvar lo que estaba perdido (3).

Con este motivo propuso la parábola de un rey que queriendo ir á un pais distante á recibir un reino, distribuyó diez minas entre diez de sus criados, dando una á cada uno, para que durante su ausencia negociasen con esta plata, y á su vuelta le diesen cuenta. Sus criados no lo amaban, y luego que él partió enviaron á decirle que no querian que reinase sobre ellos. Pero estando el rey de vuelta, y habiendo conseguido felizmente lo que deseaba, hizo venir á sus criados, y les preguntó qué provecho habian sacado de su plata. El primero le presentó diez minas que habia utilizado con la mina que recibió; el rey en recompensa le dió el gobierno de diez ciudades. El segundo le presentó cinco minas; el rey le dió la intendencia sobre cinco ciudades. Llegó el otro presentando la misma plata que habia recibido, y que habia guardado en una bolsa, temiendo, decia, que su rey lo maltratase, porque era un amo duro y avaro que queria cosechar lo que no habia sembrado, y tomar lo que no habia puesto. El rey lo reprendió ásperamente, por su propia confesion lo condenó, le quitó la plata que tenia, y se la dió al que ya tenia diez minas, añadiendo, que al que ya tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará lo que parece que tiene. En cuanto á sus vasallos rebeldes que no querian reconocerlo, los hizo venir, y á su presencia los hizo matar (4).

Jesús habiendo partido de Jericó para ir á Jerusalen, encontró

(1) Matth. xx. 20. 23. Marc. x. 35. 45. (La continuation en el art. cxii. Cuando dice San Marcos que los dos hermanos hicieron esta peticion á Jesucristo, debe entenderse que la hicieron por boca de su madre; Jesucristo por tanto dirigió su respuesta no á la madre, sino á los hijos).—(2) Luc. xviii. 35. ad finem.—(3) Luc. xix. 1. 10.—(4) Luc. xix. 11. 28. (La continuation en el art. cxlv.)

CXLIX. Curacion del ciego de Jericó.

CL. Zaqueo convertido al Señor.

CLI. Parábola de un rey que va á pedir un reino á un pais distante.

CLII.
Curación de
dos ciegos á
la salida de
Jerico.
Año de la
era cr. vulg.
33.

al salir de la ciudad dos ciegos mendigos, que sabedores de que Jesús pasaba por allí le pedían con grandes voces que les restituyese la vista. Llamábase el uno de ellos el hijo de Timeo, conocido en aquel cantón. Jesús los llamó, les preguntó lo que querían, y compadecido de ellos les volvió la vista (1).

El día del sábado anterior á la Pascua no apareció Jesús en Jerusalem. Sin embargo como se sabía que había venido á la festividad, se le buscaba en el templo y se preguntaba por él, porque los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que lo prendiesen, si se sabía donde estaba (2).

CLIII.

Jesús come
en casa de Si-
mon el le-
proso, y Ma-
ría detramá
sobre sus pi-
és un vaso de
ungüento.

Domingo, 29
de marzo, 10
de Nisan para
los Judíos,
(10 para los
Galileos.)

Estando Jesús en Betania seis días antes de la fiesta de Pascua comió en casa de Simón el leproso. Marta servía la mesa, y Lázaro era uno de los convidados. María su hermana tomando un vaso de unguento de nardo lo derramó en los pies del Salvador, y los enjugó con sus cabellos. El traidor Judas murmuró, diciendo que habría podido venderse este bálsamo en mas de trescientos dineros, y dar esta plata á los pobres. Pero Jesús tomó la defensa de María, y dijo que ella había vertido este unguento para embalsamarlo anticipadamente, y que lo que ella acababa de hacer se publicaría en todas las partes donde se predicara el Evangelio. Muchos Judíos vinieron de Jerusalem á Betania, no solamente por ver á Jesús, sino también por ver á Lázaro, Inquietos los sacerdotes con la fama que excitaba el milagro de la resurrección de Lázaro, resolvieron matar á Jesús y á Lázaro juntamente (3).

CLIV.

Entrada tri-
unfante de
Jesús en Je-
rusalen.

Lunes 30 de
marzo, 10 de
Nisan para
los Judíos,
(11 para los
Galileos.)

En la mañana siguiente (4) habiendo partido de Betania, se adelantó hacia Jerusalem, y estando cercano de Betfage, envió á dos de sus discípulos, diciéndoles que se llegasen á una aldea que estaba allí cerca, y que allí encontrarían una asna con su pollino que nadie lo había montado; que se los trajesen, y que si alguno les decía alguna cosa, le respondiesen que Jesús los necesitaba. Fueron ellos allá y trajeron el asna y el pollino. Sobre él colocaron sus vestiduras, y montó encima Jesús. El inmenso pueblo que acompañaba á Jesús tendía sus vestiduras en la tierra, tapizando los lugares por donde él debía pasar: tomaban ramos de árboles y cubrían el camino gritando en alta voz: *Hosanna* al hijo de David; bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor, con otras aclamaciones á este modo. Oyéndolo los fariseos, dijeron á Jesús que los hiciera callar; mas él les respondió, que cuando ellos callaran las piedras clamarian (5).

(1) *Matth. xx. 29. ad finem. Marc. x. 46. ad finem.* (La continuación en el art. CLV. M. Thoynard distingue también estos dos ciegos de que habla San Mateo y San Marcos, de aquel que refiere San Lucas: porque aquel de que habla S. Lucas fue uno de los dos que hablan San Mateo y San Marcos, pero diferente del que habla San Lucas.)—(2) *Joan. xi. 56.*—(3) *Matth. xxvi. 6-13. Marc. xiv. 3-9. Joan. xii. 1-11.* (La continuación en el art. CLV. El tiempo, el lugar, la clase del bálsamo, su precio, el murmullo de los discípulos, y la reprensión que les dió Jesucristo, hacen ver claramente que los tres Evangelistas hablan de la misma cosa y de la misma unción. San Juan coloca este hecho en su lugar; pero San Mateo y San Marcos lo refieren cuando hablan de la traición de Judas.)—(4) *Joan. xii. 12.*—(5) *Matth. xxi. 1-9. Marc. xi. 1-10. Luc. xix. 29-40.*

Estando cercano á la ciudad, dirigió á ella sus ojos, y llorando comenzó á decir: ¡Ah si conocieras que este para tí es un día de paz! Mas esto se oculta á tus ojos. Tiempo vendrá en que tus enemigos te cercarán y te estrecharán por todas partes; te destruirán enteramente, sin que en tí quede piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita (1).

El pueblo habiendo sabido que Jesús venía á Jerusalem, salió, y delante de él llevaba en sus manos ramos de palma, exclamando: *Hosanna*; bendito sea el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor (2).

En medio de estas exclamaciones entró Jesús en la ciudad, y habiendo subido al templo echó fuera á los que en él vendían y compraban: derribó las mesas de los comerciantes y las sillas de los que vendían palomas, diciendo: Escrito está: Mi casa es casa de oración, y la habeis convertido en cueva de ladrones. Curó los ciegos y cojos que estaban allí. Los príncipes y los escribas desesperados de ver lo que pasaba y de oír como gritaban los niños *Hosanna* al hijo de David, le dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos niños? Jesús les respondió: ¿Y vosotros no habeis leído la Escritura que dice: Sacaste una alabanza perfecta de la boca de los niños (3)?

Algunos griegos que no eran judíos y que habían venido á adorar al Señor en la festividad de la Pascua, se acercaron al apóstol S. Felipe pidiéndole que les facilitase ver á Jesús. Felipe se lo dijo á Andres, y Andres y Felipe lo dijeron al Salvador, quien les dijo haber llegado la hora en que su Padre iba á ser glorificado: que el grano de trigo no fructifica sino cuando ha sido sembrado y muerto en la tierra; que el que ama su vida la pierde; y el que la aborrece en este mundo la conserva en la eternidad. El que me sirve, añadió, sígame, y estará donde yo estoy. Entonces se contrató, y pidió á su Padre que lo glorificara. Al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decía: Yo te he glorificado, y te glorificaré otra vez. El pueblo que se hallaba presente quedó admirado, y los unos decían que esto había sido un trueno, y otros que un ángel que había hablado. Mas Jesús les dijo: Esta voz se ha dejado oír no por mí sino por vosotros. He aquí el juicio del mundo: El príncipe del mundo va á ser arrojado fuera. Conviene que el Hijo del hombre sea exaltado; y cuando yo fuere exaltado, atraeré á mí todas las cosas; denotando de este modo la clase de su muerte. Añadió que aun había todavía entre ellos alguna luz. Los exhortó á que con el auxilio de ella caminaran para no ser envueltos en tinieblas (4).

Dicho esto se retiró y se ocultó de los Judíos, y después de los prodigios que había obrado, no creyeron en él. Sin embargo muchos de los principales del pueblo lo creían, aunque por temor de los fariseos no osaban declararse. Jesús en seguida se manifestó y clamó en alta voz: El que cree en mí, cree en aquel que me ha enviado; y el que me ve á mí, ve á mi Padre. Soy la luz del mundo, y el que cree en mí no anda en tinieblas. No he venido á juzgar al mundo sino á salvarlo. El que no cree en mí será juzgado.

(1) *Luc. xix. 41-44.*—(2) *Joan. xii. 12-19.* (La continuación en el art. CLV.)—(3) *Matth. xx. 10-16. Marc. xi. 11. Luc. xix. 45. 46.* (La continuación en el fin del artículo siguiente.)—(4) *Joan. xii. 20-36.*

CLV.

Jesús hora al-
vor á Jerusa-
len.
Año de la
era cr. vulg.
33.

CLVI.

Jesús entra
en el templo,
y echó fuera
á los comer-
ciantes.

CLVII.

Extrangeros
que desean
ver á Jesús.

CLVIII.

Jesús en luz
del mundo.

Año de la
era cr. vulg.
33.

gado el último día según la palabra que le he anunciado. Yo no hablo sino lo que he oído a mi Padre (1).

Los príncipes de los sacerdotes y los principales del pueblo querían apoderarse de Jesús; pero como el pueblo le era tan afecto, temían ejecutar su designio (2). Llegada la tarde Jesús se retiró á Betania con todos sus discípulos (3).

CLIX.

Judicium da
da a la higue
ra que no te
nia fruto.

Marzo 31
de Nisan pa
ra los Judios
(12 para los
Galileos).

CLX.

Nuevamente
Jesús echó
del templo á
los comercian
tes.

CLXI.

Efectos ad
mirables de
la fe.

Miércoles 1.^o
de abril, 12
de Nisan pa
ra los Jari
dios, (13 pa
ra los Gali
leos).

CLXII.

El bautismo
de Juan era
del cielo o de
la tierra?

CLXIII.

Parábola de
los dos hijos
enviados á
trabajar á la
viña, de los
cuales el uno
va, pero el o
tro no.

CLXIV.

Parábola de
la viña dada
en venta á
los viñadores

A la mañana siguiente volviendo á Jerusalem se sintió con hambre, y se acercó á una higuera vestida de hojas para buscar en ella algún fruto; pero no habiéndolo encontrado, porque aun no era tiempo de higos, la maldijo, y la higuera al instante comenzó á secarse (4).

Habiendo llegado Jesús al templo, y habiendo visto otra vez en él el tráfico de los comerciantes, volvió á echarlos, y derribó las mesas y las sillas. Los príncipes de los sacerdotes buscaban la oportunidad de aprenderlo; pero temían al pueblo que admiraba sus discursos. Por la tarde se volvió á Betania (5).

Al otro día por la mañana, regresando á Jerusalem con sus discípulos, vieron la higuera que se había secado, y mostrándosela Jesús, les dijo que como tuvieran fe, no solamente secarían la higuera, sino que dirían á un monte que se arroja al mar, y él se precipitaría, obedeciendo lo que se le mandaba. Estad seguros, les añadió, que todo cuanto pidieréis en vuestras oraciones se os concederá. Perdonad á los que os han ofendido, para que vuestro Padre os perdone; porque si no perdonais, no seréis perdonados (6).

En ese día habiendo venido al templo se acercaron á preguntarle los príncipes de los sacerdotes y los senadores qué autoridad tenía para lo que ejecutaba. Jesús les dijo que él tenía otra pregunta que hacerles. ¿El bautismo de Juan es del cielo ó de los hombres? Mas reflexionando los príncipes de los sacerdotes, que si respondían ser del cielo, Jesús les preguntaría por qué no habían creído en él; y si decían que venía de los hombres, deberían temer que el pueblo los apedrasen, juzgaron oportuno responder que nada sabían. Dijoles Jesús: Pues tampoco yo os diré con qué autoridad procedo (7).

Jesús les propuso despues la parábola de dos hijos enviados por su padre para trabajar en la viña. El primero respondió primeramente que no iba, pero despues fué; el segundo dijo que sí iría, y no lo hizo. ¿Cual de los dos hizo la voluntad de su padre? El que fué á la viña, le respondió. Entonces Jesús les dijo: Los publicanos y las mugeres de mala vida os preferrán en el reino de los cielos, porque Juan ha venido á vosotros por las sendas de la justicia y no creisteis en él, en lugar de que los publicanos y las malas mugeres lo creyeron (8).

Propósitos en seguida otra parábola de un padre de familias, que arrendó su viña á los labradores, y que al tiempo de la vendimia envió sus criados á que recogiesen el fruto. Pero los labradores se apoderaron de los criados, echaron fuera á los unos, maltrataron otros, y mataron algunos. Por último el amo creyendo que

(1) *Joan. xii. 36. ad finem.* (La continuación en el art. CLXXXV.)—(2) *Luc. xix. 47. ad finem.* (La continuación en el art. CLXII.)—(3) *Matth. xxi. 17. Marc. xi. 11.—(4) Matth. xxi. 18. 19. (La continuación en el art. CLXI.) Marc. xi. 12. 14.—(5) Marc. xi. 15. 19.—(6) Matth. xxi. 20. 22. Marc. xi. 20. 23.—(7) Matth. xxi. 23. 27. Marc. xi. 27. ad finem. Luc. x. 2. 2.—(La continuación en el art. CLXIV.)—(8) Matth. xxi. 28. 32.*

Año de la
era cr. vulg.
33.

la presencia de su hijo los contendría, lo envió á ellos. Mas los arrendatarios mutuamente se dijeron: Este es el heredero; démosle muerte, y su herencia será nuestra. En efecto, se echaron sobre él, lo llevaron fuera de la viña, y lo mataron. ¿Cuando venga el amo de la viña, qué hará con estos asesinos? Uno de los que le escuchaban le respondió: Hará morir á estos labradores inicuos, y arrendará su viña á otros. Pero viendo los sacerdotes y fariseos que á ellos les dirigía Jesús esta parábola, respondieron: No quieros Dios que tal suceda. Jesús continuó diciéndoles: ¿No habeis leído que está escrito que la piedra desechada por los arquitectos llegó á ser piedra angular? Pues yo os digo que el reino de los cielos se os quitará, y se dará á un pueblo que de él sepa aprovecharse, y la piedra que habeis desechado hará pedazos aquello sobre lo que caiga, y tambien se quebrará lo que diere contra ella. Sin dificultad comprendieron los príncipes de los sacerdotes ser ellos el blanco de estas parábolas: pretendieron apoderarse de Jesús; pero temieron al pueblo que miraba á Jesús como un profeta (1).

Dijoles tambien en parábola: El reino de los cielos es semejante á un rey que queriendo celebrar las bodas de su hijo, convidó á muchas personas. Con sus criados envió á llamarlas; pero no quisieron asistir. Segunda vez envió otros criados; y en vez de venir con ellos, los unos se excusaron bajo diversos pretextos, los otros prendieron á los criados, los ultrajaron y mataron algunos. Irritado el padre de familia, protestó que no gustaría de su cena ninguno de los convidados; y al mismo tiempo envió á los caminos á que trajesen cuantos encontraran para llenar la sala del festin. Entrando el rey, vió allí un hombre sin la vestidura nupcial; lo hizo atar de pies y manos y le arrojó á las tinieblas exteriores. Concluyó diciendo que muchos son los llamados y pocos los escogidos (2).

Los fariseos habiéndose apartado de Jesús, resolvieron sorprenderlo en sus discursos. Con este fin le enviaron á algunos de sus discípulos con algunos herodianos preguntándole si era lícito ó no pagar el tributo al César. Penetrando Jesús su malicia, pidió que le presentasen la moneda con que el tributo se pagaba. ¿De qué es esta imagen y esta inscripción? les preguntó. Respondieronle: Del César. Dad, pues, al César, les dijo, lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (3).

El mismo día, los saduceos que negaban la resurreccion de los muertos, la inmortalidad del alma y la existencia de los espíritus, vinieron á tentarle diciéndole: Una muger se desposó sucesivamente con siete hermanos; ¿en el día de la resurreccion de quién será esposa esta muger? Jesús les respondió que ignoraban las Escrituras y el poder de Dios; que en la resurreccion no se casarían los hombres ni tendrían mugeres, sino que estarían como los ángeles del cielo. Por lo que toca á la resurreccion de los muertos que negais, les dijo, ¿no habeis leído lo que Dios dijo á Moises en la zarza que estaba ardiendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob? Pues Dios no es el Dios de los muertos; luego

(1) *Matth. xxi. 33. ad finem. Marc. xii. 6. 11. Luc. xx. 5. 19.* (La continuación en el art. CLXVII.)—(2) *Matth. xxii. 1. 14.—(3) Matth. xxii. 15. 22. Marc. xii. 13. 17. Luc. xx. 20. 26.*

CLXV.

Parábola de
las bodas del
hijo de un
rey, á la que
no quisieron
asistir los
convidados.

CLXVI.

Los fariseos
y herodianos
intentan pre
nder á Je
sus.

CLXVII.

Saduceos co
fundidos.

Año de la era cr. vulg. 33.
 CLXVIII. ¿Cuál es el mayor de los mandamientos de la ley?

CLXIX. Pregunta de Cristo de quien es hijo

CLXX. Las escrituras y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés.

CLXXI. Invectivas contra los fariseos.

CLXXII. Hipocresía de los fariseos.

estos patriarcas están vivos. Desde este día los saduceos no se atrevieron á preguntarle mas (1).

Pasado esto, vinieron los doctores de la ley á tentarle, preguntándole: ¿Cuál era el mayor mandamiento de la ley. Respondió Jesus, que el primer mandamiento era el del amor de Dios, y el segundo el amor del prójimo; que en estos dos preceptos estaba contenida toda la ley y los profetas. El que hizo la pregunta aprobó la respuesta; y Jesus le dijo: No estás distante del reino de Dios (2).

Después de este tiempo nadie se atrevió á hacer otras preguntas á Jesus; mas él si les hizo algunas con que los atacó. Les preguntó ¿qué concepto formaban de Cristo, y de quien era hijo? Sin detenerse respondieron: De David. ¿Pues por qué, replicó Jesus, David lleno del Espíritu Santo, lo llama su Señor, diciendo: El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra? Si es hijo de David, ¿cómo lo llama su Señor? Esta pregunta lo hizo enmudecer, y no volvieron á preguntarle mas (3). (Se examinará en una Disertación la idea que los Judíos habían formado de los caracteres del Mesías ántes de la venida de Cristo, y la que formaron despues de la venida de este divino Redentor).

Entonces Jesus dirigiendo la palabra al pueblo y sus apóstoles, les dijo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: ejecutad lo que os digan, pero no imiteis lo que hagan; porque á los demas imponen cargas insoportables á las que ellos no quieren aplicar ni aun la extremidad de un dedo: toda su atención es hacerse notables, ocupar en todas partes los primeros puestos y ser llamados maestros. Con estas miras llevan sus filacterias y las franjas y flocos de sus vestiduras mas largas que el comun del pueblo. Vosotros no busqueis estos vanos títulos de honor; sino quien fuere el mayor entre vosotros pórtese como el mas pequeño; porque el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado (4).

Jesus continuó invectivando contra los fariseos, y manifestándoles su próxima desgracia. Les echó en cara: 1.º, el que cerraban el cielo á los otros, y ellos no entraban: 2.º, que devoraban las casas de las viudas, bajo el pretexto de la mucha oracion que afectaban hacer: 3.º, que recorrían la tierra y el mar con el fin de hacer un prosélito, y despues de esto el prosélito era peor que lo que ántes habia sido: 4.º, díjoles que eran unos ciegos conductores que engañaban al pueblo con sus falsas explicaciones de la ley, por ejemplo, sobre el juramento decían, que cuando se jura por el oro del templo y por lo que se ofrece en el altar, queda uno obligado; pero no así cuando solo se jura por el templo ó por el altar, como si el altar y el templo que santifican el oro y las ofrendas, no fueran en sí mas santos que las mismas cosas (5).

Igualmente les reprochó que pagasen diezmo de la yerbabuena, de la ruda y de otras yerbas de los jardines, y despreciasen las prácticas esenciales de la ley, como ser justos, misericordiosos y

(1) *Matth. xxii. 23-33. Marc. vii. 18-27. Luc. xi. 27-40.* (La continuación en el art. CLXIX.)—(2) *Matth. xxii. 34-40. Marc. xii. 28-34.*—(3) *Matth. xxii. 41. ad finem. Marc. xii. 35-37. Luc. xi. 41-44.*—(4) *Matth. xxiii. 1-12. Marc. xii. 38-39. Luc. xi. 45-46.*—(5) *Matth. xxiii. 13-23. Marc. xii. 40. Luc. xi. 47.* (La continuación en el art. CLXXIII.)

Año de la era cr. vulg. 33.

fieles. Tenian cuidado de colar un mosquito, y se tragaban un camello; se empeñaban en purificar el exterior del vaso, y descuidaban del interior: que eran sepulcros blanqueados, bellos por fuera, y llenos de corrupcion por dentro: que reedificaban los sepulcros de los profetas, y decían que si hubieran vivido en tiempo de sus padres, no habrían imitado su conducta derramando la sangre de los profetas; pero ellos llenaban la medida de sus padres por su crueldad haciendo morir á los enviados de Dios; de manera que eran responsables de cuanta sangre se habia derramado desde el justo Abel hasta Zacarías, hijo de Baraquías, á quien mataron entre el templo y el altar. Jerusalem, decía Jesus, ciudad de sangre, que matas á los profetas y apedreas á los que se te han enviado, ¿cuántas veces he querido juntar á tus hijos, como la gallina abraja sus polluelos, y tú no has querido? Tu casa va á quedar desierta; y vosotros, añadió hablando al pueblo, no me veréis mas hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor (1).

Estando Jesus sentado frontero al cepo donde se echaban las ofrendas, notó que algunos ricos echaban con ostentacion gruesas sumas; y al mismo tiempo una pobre viuda llegó á ofrecer dos pequeñas monedas que valían la cuarta parte de un siclo. Jesus llamó á sus discípulos y les dijo: Esta pobre viuda ha dado mas que todos cuantos habeis visto; porque ellos han dado de lo superfluo, pero esta ha ofrecido lo que la era mas necesario; ha dado todo cuanto tenia (2).

Por la tarde al salir Jesus del templo, le mostraron sus discípulos la suntuosidad del edificio, la riqueza de los dones y la grandezza de las piedras de que estaba construido. Díjoles Jesus que vendría tiempo en que este templo sería destruido sin quedar piedra sobre piedra. Y estando sobre la falda del monte de las Olivas, desde donde se veía todo el templo, se sentó, y sus discípulos vinieron á preguntarle en particular cuando se verificaria la ruina del templo que habia predicho, y qué señal les daba de este acacamiento y de la consumacion de los siglos (3).

Jesus les respondió: Cuidad de no ser seducidos, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo que son el Cristo. Por todas partes oíréis hablar de guerras, combates y revoluciones; es necesario que todo esto preceda, aunque no es mas que el principio de grandes males. Se verán armarse las naciones las unas contra las otras, habrá pestes, hambre, temblores de tierra y espantosas señales en el cielo; todo esto no es mas que un preludio de lo que debe suceder. Antes de esto se apoderarán de vosotros, y os entregarán á los jueces; harán que os presentéis en sus asambleas para dar razon de mi nombre. Pero en tales ocasiones no cuideis del modo en que debeis defenderos; yo os daré una elocuencia y sabiduría á la que no podrán resistir vuestros enemigos; no seréis vosotros los que habeis, sino el Espíritu de mi Padre que hablará en vosotros. Vuestros parientes los mas allegados y vuestros mejores amigos, os entregarán á vuestros perseguidores; por mi causa seréis aborrecidos

(1) *Matth. xxiii. 23. ad finem.* (La continuación en el art. CLXXII.)—(2) *Marc. xii. 41. ad finem. Luc. xxi. 1-4.*—(3) *Matth. xxiv. 1-3. Marc. xiii. 1-4. Luc. xxi. 5-7.*

CLXXIII. Cepo de las ofrendas don de se echaba mucha plata.

CLXXIV. Magnificencia de la construcción del templo. Predicción de su próxima ruina.

CLXXV. Muchos cris los falsos y muchos falsos profetas.

Año de la era cr. vulg. 33.

CLXXVI.
Huid á los montes cuando Jerusalen sea cercada.

CLXXVII.
Señales en el sol y en la luna.

CLXXVIII.
La venida del Hijo del hombre será como la del diluvio.

de todo el mundo; seréis entregados, y se os hará morir. Se levantarán muchos falsos hermanos y muchos falsos profetas; pero el que hasta el fin perseverare será salvo; y antes del fin de todas estas cosas será predicado el Evangelio á todas las naciones (1).

Jesús prosiguió hablándoles de este modo: Cuando viereis á Jerusalen cercada por sus enemigos, y cuando la abominacion y desolacion entre en el lugar santo, como predijo Daniel, huid, porque ya llegó el día de su ruina. Los que se ballaren en Judea, huyan á los montes; el que estuviere sobre el techo, sálvese sin entrar á su casa á tomar alguna cosa; los que estén en los campos, no vuelvan á la ciudad solicitando sus vestidos, sino pónganse en salvo sin dilacion, porque el día de la venganza se aproxima. ¡Ay de las preñadas, de las nodrizas, y de los que estuviere obligados á huir en invierno ó en sábado, porque no podrán libertarse con prontitud, y la desgracia que les amenaza es tal, cual no se ha visto semejante desde el principio del mundo! Y si Dios no abreviara estos días en favor de sus escogidos, ninguno escaparía. Si alguno entónces os dice: Aquí ó allí está el Cristo, no vayais allá; porque se levantarán cristos falsos y falsos profetas que harán prodigios capaces de engañar á los mismos escogidos. La venida, pues, del Hijo de Dios será semejante á un relampago, y adonde esté el cuerpo allí se juntarán las águilas (2). (Dos ocasiones anuncia Jesús á los falsos cristos, es decir, á los falsos mesías: esto será asunto de una Disertacion sobre los falsos mesías que aparecieron despues de Jesucristo).

En esos dias inmediatamente despues de la grande afliccion, se verán señales en el sol y en todos los astros. Las naciones todas se hallarán rodeadas de dolor y consternacion, esperando los males que las amenazan. Todos los pueblos llorarán sus desgracias. La señal del Hijo del hombre aparecerá en las nubes, y el mismo vendrá sobre ellas acompañado de sus ángeles, que congregarán á los escogidos de los cuatro ángulos del cielo. Cuando viereis todo esto, levantad la cabeza, y creed que vuestra salud está próxima. Cuando la higuera comienza á abrir sus botones y extender sus hojas, creis que se acerca el verano; del mismo modo cuando todo lo dicho suceda, podeis asegurar que ya vino el reino del cielo. No pasará esta generacion sin que todo esto se verifique. Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras subsistirán. Nadie sabe el día y hora de la venida del Hijo del hombre (3).

La venida del Hijo del hombre será como la del diluvio en tiempo de Noé. Los hombres bebían, comían, se casaban y tomaban mugeres, y repentinamente entónces fueron sorprendidos por las aguas del diluvio, y todos perecieron. De la misma manera cuando venga el Hijo del hombre, de dos personas que estén en el campo, la una será tomada y la otra quedará; de dos mugeres que con vigor trabajen en el molino, la una será tomada y la otra quedará. Velad, pues, porque no sabéis cuando esto sucederá. Portaos como los criados que esperan la vuelta de su amo, sin saber á que hora vendrá. Si un padre de familias supiera la hora en que un ladrón ha de ata-

(1) *Math.* xxiv. 4-14. *Marc.* xiii. 5-13. *Luc.* xxi. 8. 19.—(2) *Math.* xxiv. 15-28. *Marc.* xiii. 14-23. *Luc.* xxi. 20-24.—(3) *Math.* xxiv. 28-36. *Marc.* xiii. 24-32. *Luc.* xxi. 25-33.

Año de la era cr. vulg. 33.

CLXXIX.
Parábola de los dos criados, el uno fiel y el otro infiel.

CLXXX.
Parábola de diez virgenas.

CLXXXI.
Parábola del padre de familia que distribuye los talentos á sus criados.

CLXXXII.
Descripcion del juicio del Hijo de Dios

car su casa, se mantendria sin duda en vela que anticiparía al ladrón. Velad pues del mismo modo, y estad atentos, porque el momento de la venida del Hijo del hombre os es totalmente oculta (1). (Este discurso de Jesucristo sobre las señales de la ruina de Jerusalen y de su última venida será asunto de una Disertacion).

En seguida propuso Jesús á sus discípulos la parábola de un criado, que destinado por su amo para dar á los otros criados sus compañeros la medida ordinaria de alimentos, y habiendo desempeñado fielmente este empleo, logró la intendencia de la casa de su amo. Pero si por el contrario este criado se insolenta con la autoridad que se le ha dado, ofende y maltrata á sus compañeros, y se divierte bebiendo y comiendo, vendrá su amo cuando él ménos lo espera, y este criado inicuo será castigado como merece, será puesto en prison, y tratado como un siervo infiel é insolente (2).

Continuó Jesús proponiéndoles otras parábolas dirigidas al mismo fin. Por ejemplo, les propuso la de diez virgenas, de las que cinco eran prudentes y las otras cinco necias. Las primeras se proveyeron de aceite para sus lámparas, y las otras se descuidaron. Cuando vino el esposo, todas se habian dormido; pero como las prudentes tenían aceite, al instante dispusieron sus lámparas; en lugar que las necias estando desprovistas, se vieron obligadas á pedir aceite á sus compañeras; estas dijeron que solamente tenían el necesario, y que por tanto seria mejor que salieran á comprarlo: salieron en efecto, y llegando entre tanto el esposo, quedaron excluidas del festin de las bodas. Velad por tanto sin intermision, porque no sabéis ni el día ni la hora en que ha de venir el Hijo del hombre (3).

Les presentó tambien otra parábola de un hombre que queriendo hacer un viaje, dió plata á sus criados para que mientras él estaba ausente, negociasen con ella. A uno le dió cinco talentos, tres á otro, y á otro uno. A su vuelta hizo venir á sus criados; y el que habia recibido cinco talentos presentó á su amo otros cinco que habia ganado. El que recibió tres, ofreció tambien otros tres. El amo le elogió su conducta, y les hizo entrar en su festin. El tercero que recibió un solo talento lo volvió á su amo, diciendo que lo habia enterrado para que no se lo robaran y lo perdiera; y que conociendo la dureza y avaricia de su amo, no se habia atrevido á exponerlo en el tráfico. Irritado su amo, le hizo quitar el talento, el que dió al que ya tenia diez, y lo echó de su casa (4).

Jesús añadió: Cuando vendrá el Hijo del hombre con sus ángeles á juzgar á los hombres, se sentará sobre el trono de su gloria, y pondrá las ovejas á su diestra, y los cabritos á su izquierda. Invitará á los unos á que entren en la gloria de su reino, y á los otros los enviará al fuego eterno, que está preparado al demonio y á sus ángeles. A los escogidos dirá que le dieron alivio en su hambre, en su sed y en sus trabajos; porque estíma como hecho á él mismo lo que se hace al menor de los suyos. Reprochará á los pecadores que habiéndolo visto en necesidad, en hambre y en sed, no le dieron el menor socorro, sino que rehusaron

(1) *Math.* xxiv. 37-44. *Marc.* xiii. 33. *ad finem.* (Lo que sigue en el art. CLXXIII).—*Luc.* xxi. 36. (Lo que sigue en el art. CLXXXII).—(2) *Math.* xxiv. 45. *ad finem.*—(3) *Math.* xxv. 1-13.—(4) *Math.* xxv. 14-30.